

Presentación

— *Presentation*

Yuri Jack Gómez-Morales

Informalidad e informalismo como asuntos de preocupación

De acuerdo con la Organización Internacional del Trabajo (OIT), entre el 40 % y el 60 % de la población económicamente activa de América Latina obtiene su subsistencia y la de sus familias de actividades económicas informales¹. Para el Estado colombiano, la eliminación de la informalidad es un objetivo de política pública que oscila entre ofertas de formalización y asedio permanente de las chazas² por la fuerza policial, que arremete contra ellas porque, para el Ministerio de Hacienda, la informalidad es sinónimo de evasión y contrabando; para el Ministerio del Trabajo, es trabajo ilegal y precario como quiera que no paga ni

¹ Tomado de la página de la Organización Internacional del Trabajo (<https://www.ilo.org/americas/temas/econom%C3%ADa-informal/lang-es/index.htm>), consultada el 1 de agosto de 2023.

² El *Diccionario de colombianismos*, publicado por el Instituto Caro y Cuervo, define la *chaza* como: “Venta ambulante e informal de diversos productos alimenticios y de consumo”. En una perspectiva más amplia, la *chaza* es el paradigma de emprendimiento informal, sin duda una realización arquetípica en el contexto de la informalidad, pero no la única. En la colección de casos que reúne esta publicación, el lector tendrá la oportunidad de apreciar otras materializaciones que encuentran también su matriz cultural en el contexto de la informalidad.

salud, ni pensiones, ni riesgos profesionales; para las alcaldías, la informalidad representa una vulneración permanente del espacio público; y para el Ministerio de Salud, estas chazas, cuando se ocupan de distribuir alimentos, constituyen un riesgo sanitario y por tanto un asunto de salud pública delicado que compromete un riesgo relativo a la inocuidad alimentaria, como quiera que su trazabilidad resulta imposible de realizar en este contexto. Todo hay que decirlo, el Estado también se vale de la informalidad para ajustar indicadores positivos en materia de empleo, al incluir un porcentaje de estos informales bajo la categoría de autoempleo en las estadísticas nacionales, consiguiendo de esta manera que la rendición de cuentas luzca mejor en materia de reducción del desempleo, aunque esto no sea real, sino un mero efecto retórico de las categorías de medición. Incluso las Altas Cortes, que han fallado proactivamente a favor, no del informalismo, sino del derecho de las personas a trabajar —a propósito de empanadas y poemas³—, son el origen de esta circularidad estatal que va del derecho al trabajo a las ofertas de formalización, a la persecución, al enjuiciamiento, a la crítica académica y de nuevo a los derechos.

Para los estratos socioeconómicos medios y altos, la informalidad recuerda diariamente el estigma del subdesarrollo y el atraso, razón de más para combatirlo. Incluso para los segmentos medio-altos, con formación universitaria y carrera investigativa, la informalidad debería ser combatida en tanto que representa una forma contemporánea de precarización laboral, que no hace más que ratificar nuestra pobre y siempre deficitaria existencia moderna como sociedades mestizas. Sin duda, el informalismo está cada vez más presente en la agenda pública como asunto de preocupación e interés; la cuestión está en que las fórmulas de política que la focalizan, como se sugirió antes, están orientadas a su desaparición, control o formalización, y es más bien poca o ninguna la importancia que se da a profundizar en sus orígenes culturales e históricos, su capacidad de resistencia, sus lógicas de apropiación tecnológica,

³ Estos increíbles hechos fueron cubiertos por la prensa nacional, en *El Colombiano* (2019) y RCN (Hernández, 2019), respectivamente.

sus materialidades y su expansión como sistema económico alternativo por cuenta de las masivas migraciones desde el Sur global.

Investigación informal

Quisiera presentar entonces los caminos teóricos que he transitado con algunos colegas y estudiantes para intentar explicar algunos conceptos de la historia, la sociología y la economía que nos han conducido, cada uno a su manera, a desarrollar una agenda de investigación informal sobre la informalidad y el informalismo, sin recursos, pero con mucho entusiasmo por parte de estudiantes y colegas posgraduados, todos socios en esta chaza epistémica reunida aquí, en esta publicación conjunta.

Una de las vertientes principales de esta agenda de trabajo cubre los estudios sociales de la tecnología, el papel que juega la innovación en el cambio técnico y la crítica al modelo lineal de innovación y a su ecología asociada (Aronowitz *et al.*, n.d.; Bijker *et al.*, 1989; MacKenzie y Wajcman, 1999). Este modelo lineal constituyó una explicación muy socorrida en la política pública de ciencia y tecnología de la segunda mitad del siglo xx, que entró con particular fuerza en América Latina en la década de los noventa. Uno de los presupuestos de este modelo tiene que ver justamente con la manera como se conciben las relaciones entre ciencia y tecnología. La linealidad implícitamente supone una determinación, una subordinación de la tecnología respecto de la ciencia, asumiendo que la tecnología no tiene un desarrollo autónomo, perspectiva que a menudo se articula en las defensas ideológicas de la investigación básica en el Sistema Nacional de Ciencia y Tecnología. Los estudios históricos de la tecnología muestran, sin embargo, que hubo momentos en que estas relaciones no siempre fueron de dependencia, documentando casos paradigmáticos en los que muchas veces el cambio técnico no involucró conocimiento científico, sino que más bien se logró como resultado de una suerte de bricolaje, de ensayos de prueba y error en talleres de corte y pegue. Los íconos que recupera la historia son contundentes: la bicicleta voladora de los hermanos Wright, el bombillo incandescente

o el fonógrafo, para solo mencionar dos de los muchos inventos de Alva Edison, o el motor a vapor de Thomas Newcomen, protagonista de la Revolución Industrial inglesa del siglo XVIII. Estos ejemplos históricos de un desarrollo autónomo de la tecnología nos sugirieron la pregunta por nuestra contemporaneidad: ¿es posible identificar hoy ejemplos similares de desarrollo tecnológico autónomo? La fuerza ideológica del modelo lineal de innovación radica justamente en tratar de clausurar esta pregunta como no relevante para el mundo desarrollado, donde se ha superado incluso al propio modelo lineal por uno de mutua interdependencia entre ciencia y tecnología de punta en la producción del cambio técnico: la tecnociencia capitalista en el Norte global.

En consecuencia, nos dimos a la tarea de preguntarnos por la posibilidad de desarrollos autónomos de tecnología en nuestra contemporaneidad y desde nuestra posicionalidad, e intentar a través de su análisis entender el tipo de sociedad que las produce. Fue así como iniciamos la búsqueda de nuestros casos y se nos vino a la mente quizás el más obvio y taquillero de todos: los nunca suficientemente bien estudiados semisumergibles desarrollados por las organizaciones del narcotráfico. Sin plataformas organizativas de I+D, sin doctores de medio tiempo, sin grupos de investigación, sin laboratorios, sin publicaciones, ni GrupLAC, ni CvLAC, ni Pubindex, en medio de la jungla y en el marco de una economía de guerra, estas organizaciones ilegales lograron innovar exitosamente. Otros ejemplos del mismo tipo se vienen a la mente: desde tractores artillados, pipetas bomba, tatucos, minas quiebra-patas y “marcianos” (refinerías portátiles), hasta formas paralelas de captación de dinero mediante pirámides⁴ o complejos sistemas de servicios médico-hospitalarios subterráneos y otras obras de infraestructura como la hoy legalizada vía transamazónica⁵, de manera que casos prometedores había, y muchos. Para 2010, enunciamos por primera vez esta ruta de investigación en torno de las trayectorias

⁴ Como la famosa DMG Grupo Holding S. A.

⁵ Sobre los más de tres mil setecientos kilómetros de carreteras construidos por las FARC que tras los acuerdos de paz se están legalizando, ver Latam (2019).

tecnológicas en el desarrollo de los semisumergibles, así como los aspectos de la gestión de conocimiento y apropiación de tecnología dentro de las organizaciones que les dieron origen.

Más recientemente, algunos de mis socios chaceros han retomado esta doble línea de trabajo focalizada tanto sobre los objetos técnicos como sobre sus organizaciones de origen para analizar, por ejemplo, las minas quiebra-patas, en una impresionante etnografía de los “paisajes minados” colombianos realizada por Liliana Duica, a través de su observación participante en el desminado humanitario auspiciado por la cooperación técnica europea de la cual presentamos un pequeño apartado en esta publicación; o la descripción de la trayectoria tecnológica de un sistema radial guerrillero, específicamente de la emisora del Bloque Oriental de las FARC, contribución de Omar Navarro que forma parte también de esta colección de trabajos en el capítulo “La guerra de posiciones en el dial”. Otros colegas se han dedicado propiamente al estudio de las bases sociales y culturales de esta organización guerrillera, examinando los procesos de intervención social del Bloque Sur de las FARC-EP en la década de los noventa en una tesis de maestría titulada *Cuando la tuvieron clara*, un análisis de la construcción del proyecto de Estado alternativo en el sur del país y del que seguramente veremos un avance próximamente⁶.

Sin embargo, conforme nos hemos familiarizado con algunos de los aspectos del cambio técnico en estas redes y organizaciones ilegales, dos exploraciones adicionales nos han conducido, por una parte, a focalizar la innovación como mecanismo crucial en el proceso de cambio técnico, y por otra, a reconsiderarla desde una perspectiva situada (Gómez-Morales, 2013).

Las once tesis eclécticas de David Edgerton (1999) nos invitan a reconfigurar la mirada que sobre la innovación se ha entronizado en la academia y la política de ciencia y tecnología, por cuenta del otro gran

⁶ Francisco Patiño: *Cuando la tuvieron clara: el modelo de intervención social de las FARC-EP en el Bloque Sur*. Maestría en Sociología, Departamento de Sociología, Universidad Nacional de Colombia (en proceso).

presupuesto del modelo lineal, a saber, la identificación de la innovación con lo nuevo, con la invención, en una narrativa lineal que supone ciencia y tecnología de punta, y frente a la cual cualquier otro esfuerzo pasa a ser invisibilizado o, peor, considerado como algo deficitario, defectuoso o subdesarrollado.

Por contraste, la definición de Edgerton nos permitió tomar distancia de esta perspectiva lineal y determinista, y apropiarse entonces la idea de innovación en términos de *tecnologías en uso*, esto es, insertas en un sistema socioeconómico. El problema con nuestra nueva definición es que no aplicaba para las innovaciones “ilegales”, justamente porque su contexto de uso no es un mercado propiamente dicho sino una economía de guerra (Ávila, 2018). Aparte de esta limitación analítica, estaba el problema metodológico de las dificultades de acceso que en su momento implicó investigar estas redes y organizaciones al margen de la ley; incluso hoy subsiste esta dificultad, en parte como resultado de una pobre implementación de los acuerdos de paz, que ha conducido a la reconfiguración del conflicto.

Fue por ello que decidimos reorientar nuestra indagación de la ilegalidad al informalismo, suponiendo que existe una relación entre ambas condiciones. Para entender la naturaleza de tal relación, partimos de comprender a ambas como resultados de un desajuste entre las metas culturales y los medios, mecanismos y oportunidades provistos por la sociedad para alcanzarlas, es decir, recurrimos al clásico concepto de *anomia*. Sin embargo, el uso de este concepto por nuestra parte no estuvo orientado a examinar ilegalidad e informalismo como conductas desviadas, ni siquiera a entenderlas solamente como desajuste entre medios y fines que alteran el orden social. Nuestra perspectiva fue la de comprender la innovación como una respuesta creativa a la anomia, y en este sentido logramos conectar con una tercera avenida de exploración teórica: la economía evolucionista.

Para esta, la innovación es una respuesta a la anomia, en la medida en que se concibe como una forma de comportamiento enmarcada por, y resultado de, procesos económicos y sociales caracterizados por su alta inequidad en la distribución del ingreso y las oportunidades

(Hernández, 2008), lo cual se acompaña de aprendizajes tanto a nivel de la organización como del individuo (Kenney, 2000).

En economías emergentes como la colombiana, la innovación es un comportamiento social, cuyo carácter creativo o destructivo se juega en un rango de correlaciones entre las metas individuales y las metas colectivas que la teoría económica definió en los años setenta del siglo pasado como la *variabilidad de la tolerancia* frente a la inequidad en el curso del desarrollo económico. ¿Qué es una correlación positiva? Es aquella en la cual las metas individuales dependen de que otros puedan también conseguir las suyas: bailar tango, por ejemplo, o salsa, o en general, lo que implique colaboración y cooperación, mutualidad. ¿Qué es una correlación negativa? Es aquella en la que la consecución de las metas individuales depende de que otros *no* puedan conseguir las suyas, como el “trancón” bogotano, por ejemplo, o la entrada al bus de Transmilenio en hora pico. En la práctica, lo que se encuentra en las economías es una correlación entre metas que en algunos casos genera innovación destructiva, y en otros creativa, como consecuencia de la tolerancia variable frente a la inequidad.

Según el Global Entrepreneur Monitor, América Latina se caracterizó durante la primera década del siglo XXI por ser la región del mundo con mayor grado de actividad empresarial innovadora, pero el estudio advierte que, especialmente en países andinos y algunos centroamericanos, la intolerancia a la inequidad ha nutrido de manera exponencial la actividad empresarial destructiva. Este es un tipo de actividad que tiene su base social en el aumento de los denominados emprendimientos por necesidad, es decir, empresas fundadas por personas desempleadas que deciden trabajar por cuenta propia: la “chaza”, el “agache”, el punto de venta informal, son formaciones arquetípicas de estos emprendimientos. El interés que revisten estas formas es que emergen como salida innovadora al desempleo y la falta de oportunidades y pueden llegar a generar capacidades propias para su expansión y desarrollo. Pero su proliferación representa un enorme desafío de política (pública y privada), pues dependiendo de cómo se relacionen positiva o negativamente con estas formas, la canalización de la actividad innovadora de

este enorme sector económico informal se dirigirá hacia lo creativo o hacia lo destructivo, hacia una mayor integración con los emprendimientos de oportunidad (sector formal) o hacia un crecimiento de los emprendimientos informales que, empujados por políticas inadecuadas, terminen cruzando el límite y entren a nutrir procesos de cambio técnico en redes ilegales, como los mencionados atrás.

La historia social y la historia económica constituyen las avenidas más recientes por las que nos hemos explorado, ya no la informalidad, sino el informalismo, el entramado sociocultural que habita el sujeto social que es el corazón de estas formas o emprendimientos por necesidad: el mestizo. La historia económica del país, o mejor, la historia económica de la manera como fuimos integrados a la modernidad ilumina las enormes diferencias entre los procesos de conquista y colonización por parte de los imperios europeos (Villaveces, 2017). Al norte del río Grande, dichos procesos estuvieron caracterizados por el mecanismo de entrega de títulos de propiedad a colonos que llevó al genocidio de los pueblos nativos resultado de la violenta toma de posesión de las tierras, mientras que en el sur, la toma violenta inicial se hizo, en cambio, no a nombre individual, sino a nombre de los reyes de Castilla y Aragón en el primerísimo encuentro que tuvo lugar unos cien años antes de la expansión inglesa y holandesa, en pleno auge del Imperio español, máximo exponente de la cultura tardofeudal. La expansión imperial española se caracterizó particularmente en el Nuevo Reino de Granada por la tensión de un sistema social estamentario regido por linajes de peninsulares con pureza de sangre que gobernaban al resto de la población que, como resultado de la miscegenación (Gutiérrez de Pineda y Pineda Giraldo, 1999), fue estratificada según características raciales resultado de las mezclas, legitimando así un sistema social altamente inequitativo de acceso diferencial a oportunidades y privilegios, y un gobierno de peninsulares como casta dominante y privilegiada⁷.

⁷ Existió una taxonomía racial de habitantes del nuevo mundo hispánico de hasta dieciséis categorías de clasificación racial diferentes: mestizo (español con indígena), castizo (mestizo con española), criollo (castizo con española), mulato,

La importancia que esta taxonomía tenía para el gobierno colonial es que estaba amarrada a un conjunto de derechos y privilegios a los que el individuo colonial accedía según su posición en la estructura social racializada. Seguramente mis colegas historiadores disientirán sobre mi hipótesis de trabajo, casi tanto como los colegas antropólogos lamentarán el uso de la categoría *mestizo* para referirme al agente social del informalismo, pero me sirve para darle profundidad histórica al problema del chacero, del informal. Y es que con el tiempo aquellas diferencias raciales se fueron subsumiendo unas con otras en la categoría genérica del mestizo, útil para referirnos a esa ciudadanía de segunda y de tercera en relación con derechos y oportunidades. Tras las guerras de independencia, el contenido racializado de la organización de la sociedad entró en latencia, y en cambio emergieron otras formas de organizar la exclusión, ahora por vía del pensamiento ilustrado (Castro-Gómez, 2005). La condición mestiza se jugó entonces en términos de acceso a la propiedad, a la educación, a la salud y al poder político, del que fue excluido un muy amplio sector de la población colombiana, caracterizada aún hoy por sus altos niveles de inequidad.

Así que, para conectar los dos puntos de vista, diremos entonces que la chaza está asociada al mestizo y en general que todos somos, en grados diferentes, mestizos en este sistema de gran inequidad política, económica y cultural: cuando tenemos que tutelar nuestros derechos a la salud, para que nos atiendan en un hospital, para obtener justicia en la Corte, para que nos dejen entrar a una discoteca en Cartagena, cuando peleamos con manos y pies por la defensa de la educación superior pública, cuando compramos una empanada o un poema, que es para lo único que nos alcanza, o cuando, pese a la falta de alternativas distintas a delinquir, escogemos sin embargo innovar... y montamos una chaza.

zambo, chino, jíbaro, lobo, albarrazado, etc.; cuanto más mezclado, cuanto más impura la sangre, menos derechos y privilegios, y más abajo en la estructura social piramidal.

Una perspectiva integradora para el análisis de las tecnologías del informalismo

Los estudios sociales de la ciencia en Colombia propusieron, en el marco del proyecto *Ensamblado en Colombia*, la noción de ensamblaje como estrategia metodológica para entender nuestros procesos de coproducción de ciencia y sociedad (Restrepo Forero, 2013). En este orden, nosotros creemos que la chaza, y en general el conjunto de objetos técnicos y de prácticas que se presentan en esta publicación, puede analizarse como un ensamblaje de dispositivos sociotécnicos del informalismo, constituyendo así un rasgo cultural sobresaliente de la sociedad mestiza que da origen a tales fenómenos, les dota de sentidos y los sostiene.

Proponemos por tanto que el análisis de estas tecnologías de la informalidad podría conducirse de la misma manera que lo hicimos en el pasado con el *Ensamblado* pero ya no para describir el ensamblaje de la nación, sino de la socialidad que logran ensamblar aquellos que son dejados en sus límites. La unidad de análisis serían los objetos técnicos de la informalidad, sus materialidades, las tecnologías-en-uso que intervienen en su ensamblaje, pero también la heterogénea red que sostiene al dispositivo por vía de prácticas: usuarios, proveedores, talleres, parqueaderos, desplazamientos, selección y negociación de ubicaciones, gestión del espacio público, de la información, del espectro electromagnético.

Adicionalmente, está el asunto de los significados de las tecnologías del informalismo para la sociedad mestiza que las sostiene, su carácter aspiracional, su estética, su acústica, todo el paisaje kinestésico de la ciudad mestiza. Fabián Prieto da cuenta de la vida social de una tecnología en su relato sobre los grandes receptores de señal satelital de televisión que adornaron patios y jardines colombianos, describiendo el tránsito que los condujo de lo ilegal a lo legal en la configuración de la televisión comunitaria y sus costos políticos. Otro interesante ejemplo podría ser el dinámico y vibrante comercio de electrónicos análogos de la carrera novena, en el centro de Bogotá, donde un saber ancestral —la tecnología analógica, como la denominan sus practicantes— se posiciona

contra la obsolescencia programada de lo digital, al tiempo que constituye problemáticas redes internacionales para su abastecimiento, como lo describe Francisco Thaine en su contribución. Por otra parte, en lo que solía ser un corredor de usuarios de Transmilenio entre la vieja estación Calle 72 y el centro comercial Avenida Chile, Catalina Ramírez Díaz definió la chaza como su unidad de análisis, y a partir de ello elabora una potente crítica a la literatura moderna sobre el diseño, de la cual emerge su propuesta de un diseño mestizo. De hecho, la propuesta de este capítulo inaugural de nuestra publicación constituye una perspectiva iluminadora para la interpretación de una buena parte de los capítulos restantes como quiera que se redefine el diseño mestizo como esa particular manera de ensamblar la informalidad de la ciencia, la tecnología y la sociedad en la Colombia del siglo XXI, y haciendo de todo ello un punto de fuga para nuestra muy particular experiencia moderna.

En un giro más centrado sobre las prácticas que sobre los objetos técnicos, sin que estos pierdan su agencia específica en la coproducción, los trabajos de Catalina Ramírez-Ajiaco y Rafael Mendivelso enfocan un problema de límites en sus respectivos análisis sobre el plagio y el dopaje, dos prácticas tradicionalmente consideradas como desviadas e inmorales por antiacadémicas y antideportivas. Ramírez y Mendivelso enfocan los comportamientos innovadores implícitos en el plagio y el dopaje como salidas creativas a la anomia y la coproducción de unas formas institucionales para su vigilancia y control. Ramírez describe la construcción de una ontología jurídica: el plagio como delito. Mendivelso muestra la coproducción misma de la institucionalidad olímpica en el deporte de alto rendimiento y el papel del *doping* en dicho agenciamiento. Finalmente, destacamos la descripción que hacen Pinzón y Gómez del oficio de la “calibración de ruta:” como una cuidadosa y sistemática gestión de la información mediante el uso de planillas, que pretenden describir y regular los comportamientos en ruta de los conductores del antiguo sistema de transporte público, evitando de esta manera el “enganche”, motor de la “guerra del centavo”. En suma otra forma más de ensamblar socialidad en el límite y racionalidades-otras capaces de capturar y domesticar la caótica experiencia moderna de la

movilidad en el transporte público en la Bogotá pre-SITP, y la movilidad en municipios pequeños y medianos donde aún no penetran los sistemas integrados de transporte.

Tengo la plena convicción que todos los trabajos que se presentan en esta compilación —y algunos más que no lograron hacer su camino hasta aquí⁸— comparten de una u otra forma elementos de esta reconsideración de la innovación, de los mecanismos y materialidades que se ensamblan y hacen posible formas de existencia en los límites entre lo legal y lo ilegal, entre lo formal y lo informal, entre lo correcto y lo incorrecto, entre la modernidad y una sociedad mestiza que se pretende moderna.

Referencias

- Aronowitz, S., Martinson, B., y Menser, M. (Eds.). (n.d.). *Tecnociencia y cibercultura. La interrelación entre cultura, tecnología y ciencia*. Paidós.
- Ávila, A. (2018). *La guerra en Colombia 1995-2017*. Departamento de Sociología, Universidad Nacional de Colombia.
- Bijker, W. E., Hughes, T. P., y Pinch, T. (Eds.). (1989). *The Social Construction of Technological Systems*. MIT Press.
- Castro-Gómez, S. (2005). *La hybris del punto cero. Ciencia, raza e ilustración en la Nueva Granada (1759-1816)*. Editorial Pontificia Universidad Javeriana.
- Edgerton, D. (1999). From innovation to use. Ten eclectic theses on the historiography of technology. *History and Technology*, 16(2), 111-136.

⁸ Como las experiencias recopiladas por Marlon Lizarazo sobre la reconfiguración del cuidado en el servicio CAMAD, las “pipots” para fumar bazuco de forma segura; o el generalizado consumo de drogas de diseño por parte de estudiantes universitarios para rendir en las maratónicas jornadas de parciales, abordado por Nicolás Londoño; ambos estudios se proponen como cuestionamientos a los regímenes de salud, y de productivismo académico, respectivamente. El trabajo de Francisco Patiño, que realiza un análisis de la construcción alternativa de Estado durante la década de los noventa en el sur del país por cuenta de las FARC, es otro interesante caso de líneas de fuga y relaciones ambivalentes con la estatalidad en el territorio, así como las descripciones de la guerra múltiple de Ariel Ávila, representando ambas una comprensión diferente del conflicto colombiano.

- El Colombiano*. (2019, febrero 19). ¿Qué hay tras las multas por vender o comprar empanadas en la calle? <https://www.elcolombiano.com/redes-sociales/multa-por-comprar-empanadas-la-polemica-del-codigo-de-policia-FG10252722>
- Gómez-Morales, Y. J. (2013). Reconsiderar la innovación entre la informalidad y la ilegalidad. En O. Restrepo-Forero (Ed.), *Ensamblado en Colombia* (pp. 429-435). Centro de Estudios Sociales.
- Gutiérrez de Pineda, V., y Pineda Giraldo, R. (1999). *Miscegenación y cultura en la Colombia colonial 1750-1810* (tomo II). Colciencias - Universidad de los Andes.
- Hernández, I. (2008). *Empresa, innovación y desarrollo*. UniBiblos.
- Hernández, I. (2019, marzo 18). A los artistas nos tratan como criminales: joven multado por hacer poemas en la calle. *RCN*. <https://www.rcnradio.com/bogota/los-artistas-nos-tratan-como-criminales-joven-multado-por-hacer-poemas-en-la-calle>
- Kenney, M. (2000). La capacidad de aprendizaje de las organizaciones colombianas de narcotráfico. *Análisis Político*, 40, 40-58.
- Latam, M. (2019, junio 19). Carreteras en la Amazonía: los impactos de las carreteras en Colombia y Brasil. Blogs Medio ambiente. *El Espectador*. <https://blogs.elespectador.com/medio-ambiente/mongabay-latam/carreteras-la-amazonia-los-impactos-las-carreteras-colombia-brasil>
- MacKenzie, D., y Wajcman, J. (Eds.). (1999). *The Social Shaping of Technology* (2nd ed.). The Open University Press.
- Restrepo Forero, O. (Ed.). (2013). *Proyecto Ensamblado en Colombia. Ensamblando estados* (T. 1). Universidad Nacional de Colombia, Sede Bogotá, Facultad de Ciencias Humanas, Centro de Estudios Sociales.
- Villaveces, J. (2017). *Conferencias América en el largo plazo —desde el siglo XVI* [Curso de Estructura de la Sociedad Moderna I]. Departamento de Sociología. Universidad Nacional de Colombia.